



Aki Ollikainen.

El hambre blanca

Aki Ollikainen novela la gran hambruna de Finlandia entre 1866 y 1868

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Con su peculiar sentido de la paradoja, Flann O'Brien noveló la hambruna de la patata irlandesa entre los años 1845 a 1849, también conocida como el Holocausto irlandés, en *La boca pobre*, una obra atroz y a la vez hilarante. Pero poco o nada sabíamos de otra epidemia de hambre, la de los años 1866 a 1868, considerada la última gran hambruna sucedida en Europa, y que asoló las tierras de Finlandia acabando con la vida de una décima parte de su población.

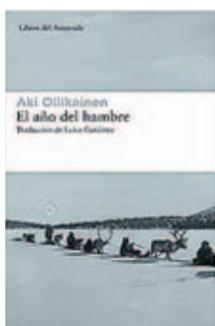
Aki Ollikainen recoge este episodio de la historia de su país en la breve pero intensa *El año del hambre*, obra en la que, como sucedía con la de O'Brien, abunda el horror, aunque no haya lugar para la risa. La epopeya de una familia campesina asediada por la pobreza extrema y la falta de recursos es el punto de partida del que Ollikainen se sirve para componer un texto en torno al miedo, la supervivencia y la solidaridad. La historia de una pequeña comunidad de sangre (un padre, una madre, una hija y un hijo) se suma a la de tres servidores públicos (un senador, su ayudante y un médico) para dibujar el drama de un país al que el hambre golpeó falto de infraestructuras, aislado de Rusia y de la modernidad, cautivo de un fallido ciclo agrario y sometido a una climatología extrema. Cuando esta tormenta perfecta estalló sobre la cabeza de los finlandeses, su mundo se desplomó.

Ollikainen emplea diapasones distintos en su música. Cuando habla de los pobres, las páginas dedicadas a los fugitivos del hambre son de una belleza punzante, la partitura es una larga y profunda herida; cuando habla de los

pueriles, las páginas dedicadas a los gestores del drama son introspectivas y morosas, la armonía se remansa en los lamentos propios de una música de cámara. El timbre es en ambos casos dramático, pero la melodía bajo techo posee acentos distintos a los del paisaje desnudo. Así, la peripecia de la familia que escapa del hambre a través de un mundo blanco y hostil es asombrosa.

La epopeya de una familia campesina asediada por la pobreza extrema es el punto de partida

Hay escenas memorables en esa fuga helada: el adiós al padre, la muerte de la hija, la violación de la madre. Pero especial mérito poseen los sueños de los asediados. Se dice que cuando un autor introduce un sueño en su obra es seguro que habrá perdido un lector. Ello no sucede en *El año del hambre*. Al contrario. Los sueños causados por el agotamiento, el vacío y la anemia de los hambrientos no sólo atesoran una potencia visual siempre inquietante, sino que revelan lo que la fatalidad le roba a los vencidos, su historia truncada. Se esconden aquí las mejores páginas de un libro lastrado por un final demasiado redondo y previsible, bienintencionado, pero que se impone como un relato escrito con talento y equilibrio, una obra donde la prosa se esmera en vislumbrar la terrible exigencia del infierno en la tierra. Un infierno frío, blanco y sin dioses.



El año del hambre Aki Ollikainen

Libros del Asteroide, 2018
136 páginas
14,95 euros

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Alegoría a tumba abierta del odio y el egoísmo

Las páginas de *El jardinero* resultan poco recomendables para defensores de lo correcto y picoteadores de menú degustación. Corren el riesgo de indigestarse de incorrecciones. Alejandro Hermsilla (1974) ya dejó claro en sus dos primeras novelas –*Martillo* (2014) y *Bruja* (2016)– que, asaeteada por sus dedos, la página se convierte en campo de su batalla contra el Occidente narcotizado. Y, aquí, en *El jardinero*, todos los fluidos de la lucha del hombre con el hombre, y sobre todo consigo mismo, vuelven a salpicar al lector. El punto de partida es sencillo y atemporal, aunque puede desprender fragancias a Antiguo Régimen: un jardinero llega a un castillo y ha de ser domoñado por el conde que lo rige. Una lucha que el noble relata en una especie de diario del odio, que también aloja aquí y allá fragmentos sobre historia de la jardinería. Una desquiciante, y ésa es su grandeza, alegoría de las miserias del egoísmo.



El jardinero

Alejandro Hermsilla

Jekyll & Jill
192 páginas
17,50 euros



MacArthur Park

Andrew Durbin

Trad.: Albert Fuentes
Alpha Decay
328 páginas
24,90 euros



Descendientes

Nicolás Muñoz

Automática
192 páginas
16,50 euros



Lector voraz

Robert Gottlieb

Trad.: Ainize Salaberri
Navona
424 páginas
26 euros

El cacao mental de EE UU en una novela con Donna Summer

Poeta y agitador cultural, Andrew Durbin, sureño instalado en Nueva York desde que en 2008 iniciara sus estudios universitarios, se estrena en la novela con *MacArthur Park*. Los expertos del compás recordarán que ese es el título de una balada que, en la versión de Donna Summer, lo petó en 1978 y valió a la reina del disco su primer número uno. No es de extrañar, pues, que algún crítico haya calificado esta obra como la que mejor recrea la escena de los clubs gays neoyorquinos de la última década. Pero *MacArthur Park* es mucho más. Ambientada durante y después del paso por la Gran Manzana del huracán "Sandy" en 2012, Durbin vierte en sus líneas toda la incertidumbre que se abate sobre Estados Unidos y algunos salvavidas que permiten mantenerse a flote a quienes no se resignan a la zozobra. Lograda mixtura de ficción y ensayo cultural, *MacArthur Park* es retrato, espejo y manual de entendederas.

Incertidumbre vital entre la España de los 70 y La Habana

Tras una larga carrera cinematográfica, que inició cámara en mano a las órdenes de Borau, Saura o Camus, el madrileño Nicolás Muñoz se estrenó en la novela hace una década con *Cenizas*, pieza de aristas cortantes en la que el desplome de la vida de un cuarentón se acompasa al largo incendio del edificio Windsor. Una década más tarde, Muñoz ofrece *Descendientes*, volumen en el que la identidad, el paisaje social y el encaje afectivo del individuo siguen marcando la senda. *Descendientes* transcurre entre un presente narrativo habanero y una infancia tardofranquista que se pone en marcha, y a la vez se clausura, con el secuestro del padre, un joyero adinerado. Con prosa precisa y despojada de brillos fatuos, Muñoz se pasea por la década de los setenta con mirada de niño conmocionado y, ya convertido en padre, por una decadente Habana que refleja los vaivenes de su propia decadencia e incertidumbre.

Memorias de editor para gozo de lectores ávidos

Lector voraz es uno de esos volúmenes con los que sueñan los adictos a la intrahistoria literaria. Su autor, Robert Gottlieb (1931), dio sus primeros pasos en el mundo editorial en 1955 en Simon and Schuster, dirigió Alfred A. Knopf y en 1987 se puso a la cabeza del *New Yorker*. Una trayectoria única que a lo largo de más de medio siglo ha dejado en sus redes neuronales lecturas, contactos, pastoreos, tijeras, alegrías y disgustos que se encarnan en una miriada de gloriosos nombres propios (Rushdie, Lessing, Cheever, Le Carré, pero también Dylan o Bacall) y que alimentan las más de 400 páginas de estas absorbentes memorias. Gottlieb, que puede presumir de haber descubierto *Trampa 22* pero también de haber seleccionado los relatos de *Catedral*, hace arrancar el tren con los recuerdos de su formación como lector –se puede aprender mucho en ese capítulo– y le marca un itinerario que estremece de gozo.